

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

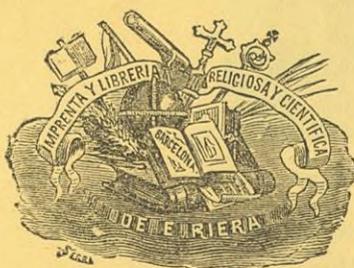
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.
1876.

Cuaderno 27.

L47
1880

HISTORIA

DE LAS FERRECCIONES

SUMIDA POR LA IGLESIA CATHOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ACTUALIDAD

CONTIENE EN SU INTERIOR UN EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS QUE ORIGINAN LAS FERRECCIONES EN LA IGLESIA CATHOLICA, Y LA MANERA DE EVITARLAS, Y DE REPARARLAS CUANDO SE HAN PRODUCIDO. TAMBIEN SE TRATA DE LAS FERRECCIONES EN LA SOCIEDAD EN GENERAL, Y DE LAS FERRECCIONES EN LA ECONOMIA POLITICA, Y EN LA ADMINISTRACION DE LOS REYES. EN EL SIGLO XVIII, Y EN EL SIGLO XIX. EN EL SIGLO ACTUAL.

DE LA OBRA POR

D. Eduardo María Villarza y D. José Meléndez Gato

E HISTORIA

CON MAGNIFICAS ILUSTRACIONES EN EL TEXTO

PRIMA EDICION DICCENARIA

TOMO PRIMERO

CATEDRAL DE MADRID - ESTABLECIMIENTO EDITORIAL



BARCELONA:

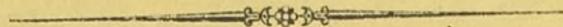
IMPRESA Y LIBRERIA DE LOS HERMANOS RIBERA

DR. HERIBERTO DE D. PABLO RIBERA

1878

Cuando 37

A nuestros SS. corresponsales y suscritores.



Tenemos el gusto de reanudar la publicacion de la *Historia de las persecuciones sufridas por la Iglesia católica desde su fundacion hasta la época actual*, que habíamos interrumpido por no surtirnos del respectivo papel la fábrica que nos lo confecciona , á causa de los desperfectos que le ocasionó la inundacion que sufrió la ciudad de Gerona, donde está situada.

en un grado mas bajo en la escala del sér, sigue el Creador, *Demiurgos*, y luego viene *Hile*, Materia, con el Maligno, ó Diablo.

Marcion tiende de una manera mas marcada que los demás gnósticos al sobrenaturalismo. Es que la doctrina de lo sobrenatural, á impulsos de los principios cristianos, iba ganando cada dia terreno. Aceptó el Evangelio de san Lucas, las cartas de san Pablo; pero para sobreponerse á la Iglesia, inauguró la obra que continua hoy la exégesis protestante y racionalista: con el pretexto de depurar estos libros sagrados acabó por rasgarlos por completo.



ONÉSIMO HUYE DE ÉFESO PARA OCULTARSE EN ROMA.

Estando el judaismo definitivamente vencido por la Iglesia, claro es que Marcion no habia de ponerse de parte de los judíos. Léjos de ello, la ley judáica, segun Marcion, es el mal, es el error, es el vicio, es obra del principio malo, mientras que la religion cristiana es obra del principio bueno.

—¿Qué? pregunta, ¿por ventura el Dios de Moisés no es distinto y hasta opuesto al Dios de los cristianos? ¿Aquel Dios que hacia atravesar con su espada á los delincuentes, es del mismo carácter que el Dios que salva el mundo con el beso de su boca, con el abrazo de su corazón? ¿No es aquel el Dios de la Justicia, y este el Dios de la Misericordia; aquella la ley de la esclavitud, y esta la ley de la libertad; aquella la humanidad del temor, y esta la humanidad del amor (1)?

El CRISTO, segun Marcion, vino para destruir la obra de Moisés.

(1) En este concepto escribió su famoso libro de las *Antítesis*.

No toleraba que sus sectarios admitiesen nada del Antiguo Testamento, sirviéndose de la parábola de JESUCRISTO en que se dice que no se cosa el paño nuevo con el viejo ni se ponga vino nuevo en odres viejos (1).

En odio á los judíos los marcionitas ayunaban el sábado.

Una de las pruebas de la divinidad del Cristianismo es la santidad de su doctrina. También Marcion paga un tributo de admiración á la moral cristiana; pero quiere ser mas espiritualista, mas puro, mas severo que la Iglesia misma.

La materia, dice, es obra del principio malo. Los marcionitas ayunan á pan y agua, y aun esto tomando solo lo mas preciso; porque comer es alimentar la materia; toda comida, siendo materia, es obra del mal. Teodoreto cita un viejo marcionita que por odio al agua se lavaba con saliva.

Al matrimonio se le da los nombres de prostitucion, de peste; los casados no pueden ser admitidos al bautismo.

Para librarse del cuerpo los marcionitas corrian gustosos al martirio.

Marcion, en sus horas tranquilas, en estos momentos en que no sentia la agitacion del sectario y en que su conciencia se sobreponia á las seducciones de su orgullo, echaba á menos á la Iglesia. Solo le faltaba un arrepentimiento á que no supo resignarse su amor propio. Con un poco de humildad hubiera vuelto á ser creyente.

Arrojado de la sociedad cristiana por su Obispo, confirmada su excomunion en Roma, quiere hacerse pasar por amigo de san Policarpo, con quien pretende hallarse en armonía de ideas y de sentimientos. No podia estar de acuerdo con un santo el que se divorciaba con la Iglesia. Cuando Policarpo se encontraba en Roma, fingiendo Marcion una intimidad que no existia, el protervo heresiarca, el que ponía en juego todos los medios para destruir la Iglesia, el que movía todos los resortes posibles para introducir en ella divisiones, acercóse al santo y le dijo con afectada dulzura:

—Reconóceme; seremos siempre amigos.

—Te conozco mucho, le contestó con energía el santo; eres el primogénito de Satanás (2).

La severidad de los marcionitas duró poco.

Ya el frigio Apeles, para no dejar al gnosticismo en una soledad completa, creyó que el único modo de dar vida á la abandonada escuela era establecer la alianza entre el vicio y la herejía. Burlándose de las excomuniones de Marcion, como este se habia burlado de las de su padre, acabó por presentarse con una prostituta, á la que convirtió en profetisa.

Un ilustre escritor hace la síntesis del gnosticismo en las siguientes palabras: «Es el Centauro de la fábula; una cabeza de hombre que se pierde en los delirios de un saber orgulloso; un cuerpo de bestia que se entrega sin freno á todos los instintos de la voluptuosidad (3).»

XXXII.

Los literatos.

El talento es uno de los mayores beneficios que puede dispensar al hombre la divina Providencia, porque en el orden natural nada como el saber eleva al sér humano. Pero el talento, que es un gran beneficio, se convierte con facilidad en una gran tentacion. En las alturas de la ciencia se necesita una naturaleza bastante fuerte para sustraerse á las impresiones

(1) San Lucas, v, 36, 37.

(2) Eusebio, IV, 14.

(3) Stolberg., *Gesch. Derkirche*, J. C., II, IV, 94 y 96.

del aire del orgullo que allí sopla. Por mas que constituya una fatal aberracion, vemos con frecuencia que el hombre que se cree mas alto que los demás siente tentaciones de querer equipararse á Dios.

Por aquí se explica la enérgica, la desesperada oposicion que encontró la Iglesia de parte de los sábios del paganismo.

La Iglesia es autoridad; ya se comprende que aquellos adoradores de su razon, aquellos que no tenian fe sino en los errores consagrados por su capricho, habian de oponer resistencia á una religion que se presentaba en el mundo con su dogma ya formulado é indiscutible. Aquellos filósofos, aquellos moralistas que se daban por tan satisfechos al creerse ocupar la cumbre de la montaña de la inteligencia, en la cual el vulgo les contemplaba como dioses, no habian de estar dispuestos á tolerar que mas alta que ellos apareciese una religion que media á todos los espíritus, sábios é ignorantes, con un mismo rasero.

Ellos, los privilegiados del saber, la aristocracia de la ciencia, los que consideraban á las clases inferiores con irritante desprecio llamándoles el *vulgo*, la *vil muchedumbre*, habian de odiar la divina religion de la igualdad que tanto estima el alma del genio que ocupa el primer puesto en una academia de sábios como el alma del aldeano consagrado al cultivo de la tierra.

La ley, la sociedad, las costumbres, les rodeaban de demasiadas distinciones para que ellos no se sublevaran contra una religion que les confundia con la plebe, obligándoles á aceptar una creencia comun.

Porque es menester advertir que en las sociedades paganas la religion del pueblo no era la religion de los hombres de letras.

Ya Platon no admitia que el pueblo en materia de religion pudiera elevarse jamás por encima de la opinion vulgar, mezcla de verdadero y de falso; Plotino se complace en manifestar su desprecio á los artesanos, á los obreros incapaces de llegar nunca á las alturas de la verdad (1). Varron dividió la teología en poética ó civil para las gentes sencillas y en natural para los sábios (2).

Los poetas se entusiasmaban ante las solemnidades del culto pagano, ante la riqueza de los templos, ante la imponente grandiosidad con que la esplendidez de los emperadores presentaba los sacrificios para producir un efecto de alucinacion en las masas.

Los artisticos monumentos de Grecia, la grandiosidad y riqueza de los edificios religiosos de Roma, los gigantescos templos de Oriente, aquellas obras de arte como la consagrada á Diana en Éfeso y considerada como una de las maravillas del mundo, no podian menos que escitar la imaginacion de los poetas (3). El paganismo halagaba su fantasía.

Pero el sentimiento de los poetas, lo mismo que el de los filósofos, no llegaba hasta la fe; no se estendia mas allá de la admiracion.

Pagaban tributo á las preocupaciones vulgares, á las tradiciones mitológicas; pero con la condicion de poder contradecirlas como absurdas en la intimidad de sus academias; asistian á los actos del culto público, pero reservándose el reirse despues de ellos á carcajada suelta.

A los ojos de aquellos que se tenian por hombres pensadores, la religion no era mas que un instrumento de policia para contener las pasiones de las masas. «Los legisladores, dice Polibio (4), tienen necesidad de emplear estos medios á fin de enfrenar la violencia del pueblo y dominarle por el temor de cosas invisibles.» «No es con lecciones filosóficas como se conduce á la piedad á las mujeres y á las gentes sencillas; sino que se necesita acudir á la supersticion, con un aparato de fábulas y cuentos maravillosos... Los legisladores vienen empleando

(1) *Ennead*, II, I, X, 9.

(2) San Agustin, *De Civ. Dei*, I, VI, 3 et seq.

(3) Este templo habia sido incendiado por Erostrato la noche en que nació Alejandro, á fin de que su nombre viviera tanto como el recuerdo de aquel incendio. Los efesinos se apresuraron á reedificar un monumento que era el orgullo de su país, y cuando Alejandro les ofreció costear los gastos, respondieron al ilustre conquistador: — «Un Dios como Alejandro no debe edificar un templo á otro Dios.»

(4) *Historia general*, I, VI, cap. VI.

este recurso como una máscara para espantar al pueblo, que es un niño incapaz de reflexionar por sí solo (1).»

Escitando el odio de aquellos sábios, en el Cristianismo se veía el pueblo por todos sus lados. JESUCRISTO salió del taller de Nazaret; sus apóstoles, sus discípulos, fueron en casi su totalidad hombres del pueblo; el Evangelio lo predicaron hombres del pueblo venidos de la Palestina, unos bárbaros, según el lenguaje de aquella época, desconocedores del arte y de la ciencia. ¿Cómo aquellos que se llamaban representantes del saber de la altiva Grecia, de la soberbia Roma habían de aceptar una creencia venida del pueblo mas despreciado del mundo? ¿Cómo aquellos hombres que miraban al esclavo, no como un ser humano, sino como una cosa la mas despreciable, habían de caer de rodillas ante Jesús Nazareno, muerto en el suplicio de los esclavos? ¿Cómo en su altanería habían de querer sustituir los escritos de san Lucas, de san Mateo, nombres desconocidos en sus escuelas, á los trabajos filosóficos de Platon y de Aristóteles?

El sistema mas fácil y mas en armonía con su orgullo fue un desdeñoso silencio. El Cristianismo les humillaba; nada mejor que no ocuparse de él; dejarlo pasar como desapercibido.

Á mitad del siglo II el Cristianismo era ya un hecho hartó solemne, adquiría su propagación demasíadas proporciones para que los hombres de letras pudiesen continuar en su estudiado silencio.

Después del desden vino la sátira, ese argumento insensato que la razón reprueba y que inspira el odio; ese sistema que, en vez de convencer, se reduce solo á escitar pasiones.

El satírico Luciano nació en Samosata el año 120, elevóse por la fama de su saber desde un puesto humilde á una de las posiciones mas distinguidas; desempeñando en Egipto, en nombre del Emperador, un cargo público de la mayor importancia.

Perteneciente á la escuela escéptica, es Luciano un sofista que no deja de manifestar ingenio y fecundidad en su carácter especial de escritor satírico.

Luciano trataba de realizar con la ironía lo que los déspotas intentaban con los tormentos, poniendo su espíritu sarcástico á disposición de la tiranía anticristiana.

Después de insultar con la burla mas sangrienta á todos los filósofos á quienes ridiculiza haciendo de ellos almoneda (2), después de someter á un análisis esencialmente racionalista las tradiciones mitológicas y llevar su escarnio hasta á la idea misma de la divinidad, empleó toda la hiel de su sátira contra lo que él llamó la *nueva secta*.

No nos referiremos á la mofa estúpida que se le atribuye referente al augusto misterio de la Santísima Trinidad, ya que la crítica pone cuando menos en duda que pertenezca á él el diálogo *Filopatris*. Pero en su *Pseudonomantis*, y especialmente en su carta á Cronio sobre la muerte de *Peregrinus*, se encuentran frecuentes burlas contra la religion cristiana.

Contando con acento satírico lo que él sabe de los discípulos del Evangelio, dice:

«Figúranse estas pobres gentes que van á ser inmortales en cuerpo y alma; en virtud de lo que no solo desprecian la muerte, sino que andan en pos de ella. Su primer legislador les ha hecho entender que renegando de los dioses helenistas para adorar á un sofista crucificado, todos los hombres son hermanos. Desprecian todo lo de la tierra, participan mutuamente de sus riquezas y propiedades, lo que produce la facilidad de que pueda hacer rápida fortuna el primer impostor que se proponga explotar á estos insensatos.»

Por tales aserciones se ve que Luciano ó no conocía bien las costumbres de los cristianos ó los calumniaba. De todos modos, hay en ellas el reconocimiento de que la inmortalidad constituyó la doctrina de la Iglesia ya desde los primeros tiempos, que el principio de la fraternidad apareció desde entonces identificado en el Cristianismo y que la abnegación constituyó ya el carácter de los primeros cristianos, desprendiéndose de sus riquezas en favor de sus hermanos, como estaban dispuestos á desprenderse de la vida en obsequio á la divinidad.

(1) *Geograf.*, I, I, cap. II.

(2) *La Almoneda de los filósofos*.

Claro es que este espíritu fraternal, estos sentimientos de sacrificio habian de escitar las bur-las de aquellos escépticos egoistas.

XXXIII.

Historiadores.

Mas digno de atencion que Luciano y otros escritores satíricos, raza dispuesta á posponer los principios á una frase que promueva la risa, que sacrifican la verdad, las doctrinas á los recursos del ingenio, son los historiadores.

Estos presentan ya un carácter mas grave; y su hostilidad contra el Cristianismo, si no era por el pronto de mas efecto que la de los satíricos, no habia de ser de menores consecuencias.

No podemos dejar de colocar en primera línea á Cayo Cornelio Tácito, que murió el año 134 de nuestra era.

Fuerza es reconocer en el eminente orador y consumado crítico, que para huir de las degradaciones de su época se refugiaba en espíritu en los bosques de la Germania buscando allí virtudes ilusorias, cierto fondo de rectitud y de natural honradez.

No obstante, al estudiar sus obras no puede verse en Tácito un hombre religioso. Habla de los dioses, es verdad; pero reservándose el concepto en que los tiene. Al estudiar los acontecimientos de la historia, se nota en él un espíritu fatalista.

Añadamos á esto las preocupaciones de aquel periodo histórico, y se comprenderá por qué Tácito fue resueltamente hostil á la religion cristiana.

Desdeñó el deber en que estaba de estudiar el Cristianismo para contar mejor con el derecho de insultarle tan desapiadadamente como lo hizo.

Respecto á la historia de la Iglesia se limita á decir que nació en la Judea, donde CRISTO su fundador fue condenado á muerte por Poncio Pilatos, bajo el reinado de Tiberio. Sin examinar su doctrina, sus instituciones, sus tendencias, respirando como respiraba aquella atmósfera saturada de prevenciones contra la religion cristiana, se hace eco de las calumnias que contra ella se propalaban, é inspirándose en la ira popular, llama á los cristianos gentes odiadas por su infamia, miserables dignos del último suplicio. Así legitima la barbarie de Tiberio y de Neron el escritor que en otras ocasiones, cuando su espíritu se halla libre de toda preocupacion, se manifiesta tan elocuente al sublevarse contra el despotismo.

Tácito califica la religion cristiana de *detestable supersticion* (1): el llamar supersticion al Cristianismo parece que pasa á ser la consigna de los hombres de letras.

Suetonio, el secretario de Adriano, el autor de las *Vidas de los doce Césares*, apodó á los cristianos de la misma manera. Al tener que hablar de los tormentos de los primitivos mártires no se les ocurre clasificarles sino diciendo «que son una clase de gente de una nueva supersticion y aficionados á la magia (2),» frase que acusa de parte de Suetonio una culpable ignorancia respecto de la institucion á que se refiere, ignorancia que se hace mas patente desde luego que á los cristianos les confunde con los judíos cuando dice de estos «que escitaban tumultos en Roma bajo la impulsión del CRISTO.»

Plinio el jóven llamó tambien al Cristianismo una *mala supersticion* (3). Y téngase en cuenta que este escritor no solo conocia á los cristianos, sino que despues de examinar su conducta no encontró en ella cosa alguna condenable. «Todo cuanto he podido averiguar, es-

(1) *Exitiabilis superstitio. Ann. XV.*

(2) *Suet., In Claud., 25; in Nazar., 16.*

(3) *Superstitio prava.*

cribia á Trajano, es que se comprometen por juramento á no cometer crimen alguno, á huir del robo y del adulterio, á no faltar á la palabra empeñada, á devolver fielmente el depósito que se les confía.»

XXXIV.

Los moralistas.

Así como el platonismo constituye el trabajo mas colosal de la razon para llegar á la verdad, el estoicismo personifica el esfuerzo mas heróico para llegar al bien.

El estoicismo es un sistema moral con su organizacion, con sus doctrinas, con su código: el hombre por sus solas fuerzas no podia llegar ni mas alto ni mas léjos.

Nótese que el estoicismo, despues de Zenon, que murió doscientos sesenta años antes de JESUCRISTO, parecia destinado á hundirse en el fondo donde la accion del tiempo sepulta las escuelas mas distinguidas, como las mas ilustres instituciones humanas; sin embargo, cuatro siglos mas tarde vuelve á revivir con mas robusta vitalidad. ¿Cómo se verifica esto? ¿Por qué el estoicismo de Epicteto, sin tener este mayor inteligencia que Zenon, no obstante, es notablemente mas elevado? El viento de las doctrinas produce corrientes de ideas á las que no puede sustraerse el espíritu por mas que no acierte á verlas ni á adivinar de donde vienen. Era imposible que la moral de JESUCRISTO no impresionara á todos los espíritus que se dejasen impresionar por la belleza de la virtud evangélica. Esto sucedió á los estóicos: las virtudes del Evangelio eran de mucho superiores á las predicadas por los antiguos maestros de la escuela del Pórtico. Pero los estóicos de la primitiva época cristiana, al aprovecharse de aquellas ideas, creyeron mas en armonía con su orgullo de jefes de escuela el presentarlas como creacion particular suya.

El estoicismo, que llegó hasta donde pudo llegar una escuela puramente humana, tiene como á escuela todos los defectos de tal. Lo que parece un grandioso edificio no es nada mas que fachada. Para sistema completo de moral falta allí la base, que es la fe; falta el remate del edificio, que es la sancion divina; falta el calor sobrenatural que debe estimular y sostener la práctica de virtudes tan severas. Hé aquí por que aquella fachada cayó tan fácilmente al empuje del tiempo, mientras aun permanece en pié el grandioso edificio de la moral evangélica. La túnica de aquellos cínicos se deslizó pronto de sus espaldas; mientras la del monje cristiano guarda despues de tantos siglos toda su majestad. Aquellos hombres de luenga barba, de faz severa, que iban con su gravedad de filósofos y con su pretension de séres superiores, mendigando de puerta en puerta, cayeron pronto en ridículo, dando lugar al epigrama:

Non est hic Cynicus, Cosme. — Quid ergo? — Canis (1).

Hoy el eremita, el hijo de san Jerónimo, de san Benito, de san Bernardo, escita aun toda la veneracion.

El estoicismo fue la puerta por la que muchos espíritus rectos entraron en la Iglesia católica; pero los estóicos no quisieron pasar de allí. Para penetrar en el santuario cristiano era menester que aquellos hombres altivos bajaran la cabeza, que se resignaran á confundirse con los demás creyentes; ellos prefirieron quedarse en la entrada, haciendo lo posible para impedir el paso. Desde allí algo de los ecos de la palabra evangélica derramada en aquella sociedad, algo de la moral cristiana, algo de la sublime poesía de la religion católica ellos lo percibian, lo enviaban despues á los demás, pero con el propósito firme de ocultarse hasta á sí propios que aquella inspiracion pudiera venirles de otra parte que de ellos mismos. ¿Habian de resignarse á confesar, á estudiar siquiera si aquellas doctrinas les venian de la despre-

(1) Marcial, *Epigr.*, IV, 52.

ciada secta de los nazarenos? Cuanto mas se apercibiesen de ello mayor interés habian de manifestar en ocultarlo. El Cristianismo era una religion; ellos no constituian nada mas que una secta: no podia halagar su vanidad de sectarios el que la grandiosidad del templo llegara á ofuscar la escuela.

El Cristianismo, religion para el pueblo lo mismo que para las clases elevadas, habia de ser tratada de supersticion pueril, de debilidad de espíritu por aquella falange de semidioses que hablaba con el mayor desprecio de «las muchedumbres sin filosofía, de las almas comunes y vulgares que forman la mayoría del género humano.»

Esto explica el por qué los estóicos odiaban hasta con furor al Cristianismo. Aun cuando recomendasen el desprecio á la vida, el heroismo de los mártires lo consideraban simplemente como una alucinacion, conforme lo vemos en Epicteto; mientras que Marco Aurelio halla en el martirio una obstinacion que nada justifica.

XXXV.

La persecucion popular.—El fanatismo pagano.

Cualquiera sistema humano habria perecido irremisiblemente ahogado en el vacío en que querian envolverlo los hombres de letras; hubiera muerto oprimido bajo el peso del desden de aquellos historiadores, de aquellos moralistas.

Parece que aquella religion oprimida hubiera debido encontrar, cuando no simpatía, al menos tolerancia de parte de los oprimidos, de las clases populares tan rudamente azotadas por el látigo de los déspotas; de parte cuando menos de los esclavos. No fue así.

El pueblo amaba sus dioses, sus templos, sus sacrificios. Para gentes que no acertaban á ver los vastos horizontes abiertos al alma y al corazón por la fe de JESUCRISTO, el paganismo llenaba su alma. Lo absurdo de las fábulas mitológicas revestia para el pueblo el dogma pagano de un carácter maravilloso que suplía en gran parte esa necesidad que el hombre siente de lo sobrenatural; sus dioses habian descendido de lo alto del Olimpo, la historia de aquellas divinidades se perdía en la oscuridad de los tiempos mas remotos. Aquel culto constituia para ellos el culto del hogar, el culto de la patria, el culto del género humano, pues aun las clases elevadas, que eran escépticas por conviccion, eran hipócritas por conveniencia. Los dioses les seguian en la guerra, les protegian en el triunfo, les amparaban en la derrota; la sangre de la víctima inmolada era para ellos motivo de consuelo en los dias de tristeza; la voz del oráculo hacia caer sobre sus pechos la esperanza en las horas de la desesperacion, y hasta en el placer de la orgía ó de la disolucion se gozaban en la vista de Baco ó de Venus, que les sonreia desde lo alto de su pedestal. Aquellas divinidades eran la patria, la familia; eran sobre todo las pasiones hasta en lo que pudiesen tener de mas exagerado y mas brutal: ya se comprende el arraigo que un culto semejante habia de alcanzar en las masas. No echemos en olvido la manera como el culto pagano heria la imaginacion popular. Seria preciso evocar aquí la esplendidez de aquellos templos, aquellas aras cubiertas de flores, aquellas víctimas con sus coronas. Seria menester entrar en el Capitolio en uno de los dias de gran solemnidad, ver su magnífica fachada formada por treinta y seis columnas en triple fila, puesta entre Oriente y Sur, destacándose como término de un majestuoso fronton coronado por multitud de estatuas la gran cuadriga de bronce con la estatua de Júpiter; seria preciso ver allí en innumerables trofeos el monumento de las victorias de Roma sobre el mundo entero, contemplar ocupando los intercolumnios del peristilo los siete reyes de Roma, Bruto el Antiguo al lado de César, el republicano que derribó la monarquía al lado del dictador que iba á fundar el imperio; poder recorrer las tres naves determinadas por dobles hileras de columnas, y hallar entre Minerva y Juno al riquísimo Júpiter; ver pasar los coros de las vestales frente

al cuerpo de los magistrados, el colegio de los pontífices con su magnífica *pretextá*, con su velo llamado *Tirtalo*, y su mitra, llamada *Apex*, y tras del sumo Pontífice, los flámines con su bonete de color de fuego y su flamero, recorriendo las bóvedas artesonadas con ricos case-tones en que rebosaba el oro; sentirse deslumbrado por aquella multitud de joyas, coronas, simulacros de metales preciosos, grupos esculturales en oro, perlas y pedrerías, de las que solo las regaladas por Augusto representaban quinientos mil sextercios sin contar las diez y seis mil libras de oro que ofreció aquel Emperador; los magníficos vasos, las obras primo-rosas de los mejores artistas del mundo, formando lo que se llamaba el palacio terrestre de Júpiter, su segunda morada despues del Olimpo.

XXXVI.

El pueblo acusa á los cristianos del crimen de ateismo.

Cuando la imaginacion popular contempla las cosas al través del prisma de la supersticion ó del fanatismo religioso, entonces con facilidad las mas pequeñas sombras se convier-ten en imponentes fantasmas; un grano de arena toma las proporciones de un coloso.

Al través de una niebla de supersticion la mas exagerada es como el pueblo pagano veia al Cristianismo.

No cabe dudar que al aparecer la religion de JESUCRISTO en el mundo, el pueblo pagano era fanático hasta llegar al último extremo de la mas absurda exageracion. Si creia menos en los dioses de Roma, es porque creia mas en los dioses extranjeros que mas fomentaban sus supersticiosos instintos.

Juvenal nos describe de qué manera aquel pueblo accedia á toda clase de fábulas, con tal de alimentar su extremado fanatismo. «Cuidado, cuidado, escribe (1); el otoño viene ame-nazador, el setiembre se inaugura preñado de desgracias. Id á Meroé á buscar agua, sí; agua del Nilo, derramadla sobre el pavés del templo de Isis. Vengan un centenar de huevos para el pontífice de Belona. Vuestros vestidos usados para el sacerdote de la grande Isis. El infor-tunio está sobre vuestras cabezas pendiente de un hilo: vuestras túnicas para los servidores de la gran diosa. Así tendreis expiacion y paz para todo un año.»

Séneca pinta á su vez como el pueblo se dejaba alucinar por los embaucadores. «Cuando uno de esos hombres que agitan el sistro (2), viene á echar un ensarte de mentiras; cuando uno de esos que hacen el oficio de desgarrar sus carnes ensangrienta con ligera mano sus brazos y sus espaldas; cuando otro, arrastrándose de rodillas por la via pública está dando aullidos, ó un viejo vestido de hilo, llevando delante un laurel y una linterna en pleno dia va gritando que alguno de los dioses está irritado, vosotros correis, vosotros le escuchais, y haciéndoos competencia en vuestra recíproca estupefaccion, afirmais que está inspirado (3).»

En aquella época la gente del pueblo se lanzaba con frenesí en pos del primer adivino que se les presentase, cansaba á los oráculos, practicaba con inusitada frecuencia las purifica-ciones (4), se multiplicaban las taurocolias (5), las crónias (6), y los ritos y sacrificios de todas clases.

(1) Juv., VI, 311 et seq.

(2) Instrumento músico de la antigüedad.

(3) Séneca, *De Vita Beata* XXVI. Aquí Séneca hace alusion á los sacerdotes egipcios, á los de Isis y de Belona.

(4) Consistian estas en una aspersion de agua lustral sobre la cabeza y piés, á veces sobre todo el cuerpo y hasta la ropa ó traje que vestían. Si se trataba de un delincuente, la aspersion se hacia con sangre, se le frotaba con una especie de cebolla y se le ponía en el cuello un collar de higos. Las purificaciones generales que se hacian en tiempo de peste, hambre ú otra calamidad pública se revestian de un carácter el mas bárbaro, especialmente entre los griegos, pues que echándose mano del hombre mas feo y mas deforme que pudiese encontrarse, se le conducía con lúgubre aparato al lugar del sacrificio, donde se le inmolaba, y despues de haberle quemado, sus cenizas eran arrojadas al mar.

(5) Corridas de toros en honor de Neptuno, los cuales, despues de escitada su furia, eran inmolados á los dioses.

(6) Sacrificio en que se inmolaba un criminal.

La recrudescencia del fervor idolátrico no era exclusiva de Roma; estendíase también á Éfeso, á Corinto, al Oriente lo propio que al Occidente.

Como si todo esto no bastase á satisfacer el fanatismo popular, como si el Olimpo no estuviese aun bastante lleno de dioses, habia venido la apoteosis ó divinización de los emperadores. Y no es que los tiranos impusiesen á los pueblos su culto personal, sino que eran los pueblos los que pedían á los déspotas el que se revistiesen del carácter de dioses. Viviendo



UN INMENSO DOLOR OPRIMIA EL PECHO DE LOS HIJOS DISPERSOS DE AQUELLA NACION.

aun Tiberio, once ciudades se disputaron el honor de levantarle un templo, Calígula los tuvo en todas las provincias, Claudio hasta en la Bretaña, y Neron en la misma Roma (1). Desde César á Diocleciano se verificaron nada menos que cincuenta y tres apoteosis, en medio del entusiasmo de la muchedumbre.

Aquel politeísmo en que todo era materialista, en que se alimentaba el sentimiento re-

(3) Tácito, *Ann.* IV, 56, XV; Dio. Cas. 59, 28, 60, 5. Sueton. *In Calig.*, 21, 22.

ligioso con dioses de madera ó de piedra y hasta con dioses de carne, en que no se comprendia la divinidad sino personificada en las fuerzas de la naturaleza ó encarcelada dentro de la forma humana, hubo de figurarse que el Cristianismo, religion pura, eminentemente espiritual, en que el alma lo es todo y los sentidos son muy poco; hubo de figurarse, decimos, que el Cristianismo era una impiedad.

Ya puede concebirse la impresion que habia de producir en aquel pueblo que contaba por miles las divinidades, ocupado en perfumar las estatuas de Júpiter, en peinar los cabellos de piedra de Minerva, ó en sostener el espejo donde se miraba Juno (1), ver aparecer de repente hombres desconocidos predicando un solo Dios, espiritual, invisible.

—Es una secta de ateos, exclamaron.

—Este *Dios-uno* no es nadie (2), decia Adriano.

El culto en espíritu y verdad del Evangelio era para los paganos puro ateismo; ante aquellos pueblos politeistas la unidad equivalia á la negacion de Dios; despoblar el cielo de aquellos ejércitos de dioses era para ellos dejarlo desierto.

Escuchemos lo que decian :

—«Los cristianos no quieren ni templos ni estatuas; desprecian á los dioses y se burlan de las cosas sagradas (3).»

—«¿Por qué los cristianos no tienen ni altares, ni templos ni estatuas? ¿Qué significa un Dios único, solitario, abandonado (4)?»

«El grito de ¡Abajo los ateos! pasó á ser la consigna de las masas (5).»

XXXVII.

Las calamidades públicas son atribuidas á los cristianos.

La propaganda cristiana se consideró como un sistema de perversion; cada apóstol como un impío, cada acto religioso como una conspiracion contra los dioses.

El Cristianismo fue para los idólatras una inmensa blasfemia contra los dioses. Estos se irritaban por los insultos que los cristianos les dirigian, y el no arrancarlos de la faz de la tierra constituia un crimen contra el que los dioses habian de tomar venganza.

¿Faltan en Egipto las crecidas del Nilo? Es un castigo efecto de las injurias que contra los dioses levantan los cristianos. ¿El Tiber inunda la ciudad de Roma? Los cristianos tienen la culpa. ¿El hambre azota una region cualquiera? Esto sucede en justa expiacion á la excesiva tolerancia que se tiene con los cristianos. ¿Sobreviene una sequía, una peste, un terremoto? Cristianos á los leones.

Aun en tiempo de san Agustin era vulgar el adagio: «¿No llueve? la falta es de los cristianos (6).»

No debe sorprendernos semejante proceder de parte del vulgo, cuando se ve á todo un filósofo como Porfirio explicar la duracion de una enfermedad contagiosa por el poderoso motivo de que, en virtud de la propaganda cristiana, Esculapio se vió en la precision de abandonar la tierra.

(1) Senec. *Ep.* 93. *Speculum tenere Junoni.*

(2) *Unus illis Deus nullus est.* Adrian., *Ad. Cons. Serv.*

(3) Minut. Félix, VIII.

(4) *Ibid.*, X.

(5) Eusebio, *Hist. Eccl.*, IV, 3.

(6) *Non pluit Deus, duc ad christianos.*

XXXVIII.

Se acusa al Cristianismo de ser una secta secreta.

Acosados los cristianos por todas partes, perseguidos como fieras, ya se comprenderá que no habian de reunirse en público; sino que se veian en la necesidad de congregarse de noche en secreto y hasta de rodear sus actos de la mayor reserva posible. Añádase á esto el misterio con que la Iglesia primitiva habia de envolver cuanto hay de mas profundo en su doctrina, la disciplina del secreto, cuyo fin era sustraer las cosas sagradas á la profanacion, y se comprenderá perfectamente el que al Cristianismo se le diese el carácter de una secta secreta.

No es que no hubiese en aquel período sus sociedades secretas. Los adoradores de Mithras, que en Persia se reunian en cavernas para celebrar ocultamente sus misterios, que no tenian templos, tampoco los tenian en Roma, reuniéndose tambien allí en subterráneos ó cuevas circuidas de fuentes tapizadas de verde yerba. Pero los mithriadas constituian una secta tolerada y hasta públicamente reconocida.

En el misterio con que se envolvian los cristianos hallábase pretexto para las mas infames calumnias.

Cuando se reunen en secreto es señal de que traen el propósito de rebelarse, de subvertir el orden religioso y político, decian los paganos.

Lo que pasaba en las reuniones de los fieles llegaba á los idólatras completamente desfigurado.

Claro es que siendo el Evangelio todo amor, todo caridad, los primitivos cristianos habian de estar llenos de este espíritu de amor y de caridad, sin el cual no se concibe el Cristianismo. Pues bien: esto servia de pretexto para las calumnias mas atroces. El amor, sentimiento del Cristianismo, el sublime amor como lo enseña la Religion católica, los paganos nó lo comprendian; ellos no conocian del amor nada mas que la parte sensual, grosera, y hé aquí que á los hijos de la divina religion del amor se les acusaba de las escenas mas torpes. Si los católicos se llamaban mutuamente *hermanos*, conforme se lo enseñó JESUCRISTO, al oír esta palabra los idólatras tomaban pretexto para calificarles de incestuosos.

Oian hablar del banquete eucarístico; llegaba hasta ellos el eco de las palabras de CRISTO que se repetian en las asambleas cristianas, *el que come mi carne y bebe mi sangre*, (1), ¿y qué dedujeron de ahí? Que los cristianos eran una secta de antropófagos, de infanticidas, que las abominaciones de Edipo formaban el secreto de aquellas noches tenebrosas y constituian toda la religion.

Sus ritos sacramentales eran para los paganos resortes de encantamiento con que se producía la fascinacion; las ágapas unas orgías en que tenian lugar los mas groseros desórdenes.

La cena eucarística los paganos la describian de la siguiente manera: Un niño blanqueado con harina es presentado al neófito que va á iniciarse. Este, sin saber lo que hace, lo destroza á puñaladas; luego se pasa de mano en mano una copa llena de sangre caliente del niño degollado, de la que beben todos; se parten sus miembros como un alimento, ligándose todos así por medio de un sacrificio comun.

Se creia hallar la verdad de estas calumnias en las declaraciones falsas de algunos esclavos apóstatas, arrancadas por medio del tormento, y especialmente en las declaraciones de los judíos inspirados por su repulsion á la doctrina de CRISTO, y á quienes se daba crédito con facilidad, por suponérseles conocedores y hasta á veces identificados con los cristianos.

Así se concibe la ira popular, las explosiones de venganza contra los hijos de la Iglesia.

Es propio de las masas ultrajar, calumniar, perseguir lo que ellas odian; hé aquí por que

(1) San Juan, vi, 57.

los cristianos eran objeto de la execración popular, y léjos de levantarse del pueblo la menor protesta contra las mas crueles torturas, contra tantos torrentes de sangre, los poderes públicos en muchas ocasiones no hacian otra cosa que obedecer á las iras de las muchedumbres, víctimas de una exaltación anticristiana, que se explica muy bien por las razones que venimos indicando.

No es de extrañar que en aquellas calles llenas de ídolos se levantase al ver pasar un cristiano aterradora oleada de murmullos, de imprecaciones; horrenda gritería de ¡á los ateos! ¡á los blasfemos! ¡á los hechiceros!

Hacíase á los cristianos y á la Religión objeto de las mas groseras caricaturas, llegándose hasta al extremo de que eran muchas las gentes que no se atrevían siquiera á hablar con un hijo de la Iglesia (1).

Con mucha facilidad el feroz populacho pasaba de los insultos á los hechos contra la secta de gente siniestra, los hombres del manto negro, las aves nocturnas (2), los ayunadores, los desesperados (*desesperati parabolam*), caza para el verdugo, botín del anfiteatro, combustible para la hoguera, pasto de la muerte (*senarii, bestiarum, sarmentum, biothanati*). La misma fuerza pública tenia dificultad en contener escenas de ferocidad popular que venían repitiéndose con harta frecuencia.

Y esto sucedía en las épocas mas calmadas para los cristianos; es decir cuando no se trataba ni de caballetes, (*equulei*), ni de azotes con plomos (*plumbata*), cuando descansaba todo aquel aparato del verdugo inventado gran parte contra los discípulos de CRISTO.

LA PERSECUCION PROMOVIDA POR LAS INSTITUCIONES.

I.

La Iglesia ¿era enemiga del imperio romano?

En el mundo idólatra la verdadera concepción de una Iglesia libre, independiente, no existía. La religión no era mas que una forma de la política; hé aquí por que encontramos religiones de raza, religiones nacionales; pero no la Religión del género humano.

Los sistemas políticos iban creando sistemas religiosos á su imagen y semejanza; razón por la cual estos sistemas políticos estaban identificados con los religiosos, no se concebían los unos sin los otros, se establecía entre la forma política y religiosa de un pueblo una estrecha solidaridad.

Así como las organizaciones políticas son el efecto de las necesidades especiales de un pueblo ó de una época, en las sectas falsas se encuentra también la circunstancia de adaptarse á una forma especial.

«Estudiad una despues de otra, escribe monseñor Freppel (3), todas las religiones que precedieron y las que han seguido al Cristianismo, todas suponen una institución política y social, á cuya suerte se hallan fuertemente ligadas. Suprimid con el pensamiento el Celeste Imperio con su mecanismo artificial, la India con su régimen de castas y todas las conse-

(1) Orig., *In Ep. Pauli*, VI, 27.

(2) *Lucifugax et tenebrosa natio*, dice Cecilio en Minucio Felix, 8.

(3) *Saint Justin*, deuxième édition, 33.

cuencias que de ahí se desprenden, y desde luego las leyes de Confucio ó de Manou pierden su aplicacion. Que desaparezca el imperio de los árabes y el Coran carece de sentido, porque fue redactado en vista de la manera de ser de un pueblo, de una forma de gobierno peculiar, determinada, cuya ruina arrastra la suya.»

En los pueblos paganos el Estado era el derecho, el Estado era la libertad, el Estado era la religion, el Estado lo era todo. «Cada ciudadano, dice Aristóteles (1), debe persuadirse de que no se pertenece á sí mismo, sino que todos pertenecen al Estado.»

«En Esparta nadie era ni hijo, ni esposo, ni padre (2).» «Un ciudadano de Roma no era ni Cayo, ni Lucio; era simplemente un romano (3).»

Por ahí puede venirse en conocimiento de cuál era la concepcion pagana de la religion. Todo se reducía á una institucion del Estado, que vivía únicamente del Estado y para el Estado, una parte integrante de la legislacion civil, un instrumento político.

De la misma manera que el Estado legislaba sobre el servicio militar ó el órden de sucesion, legislaba tambien sobre las formas religiosas, los ritos, las plegarias, los sacrificios, el pontificado y el sacerdocio. Por medio de una ley se decretaba cuales habian de ser los dioses considerados como nacionales y cuales los excluidos del culto público; se discutian los títulos de un nuevo dios como se discute hoy la introduccion de un nuevo capítulo en el presupuesto. La religion, menos que un deber para con Dios, se reducía á un deber para con los poderes públicos; y esto explica el por que Ciceron, que no ocultaba sus ideas harto libres en materias religiosas, no dejaba de inculcar el culto á los dioses solo porque veía en él una parte esencial de la constitucion interior de aquellas sociedades.

El Cristianismo fue quien trajo á la tierra la verdadera concepcion religiosa. Ya no fue una religion nacional ó de raza, fue la religion del género humano; ya no fue un sistema religioso, fue una Iglesia con su modo de ser peculiar, con su existencia independiente de toda existencia política, con su autonomía, con todas sus condiciones de entidad completamente libre.

«En oposicion á todas las religiones antiguas, dice el sábio Freppel (4), el Cristianismo presenta un rasgo peculiar que parece debiera haberlo hecho aceptable á los hombres de Estado del mundo antiguo; que es el adaptarse á todas las formas políticas y sociales, sin encadenarse á ninguna de ellas. Hasta entonces, en la cuna de cada institucion religiosa vemos una fundacion política, devolviéndole aquella á su vez el apoyo que esta le prestaba. Divina como era la institucion mosaica tuvo que someterse tambien á esta ley general; las tribus errantes de Israel empezaban á constituirse en pueblos cuando ellas habian recibido el código religioso que debia regirlas y gobernarlas. Siempre y en todas partes estos dos hechos se realizaban simultáneamente, ó al menos como consecuencia el uno del otro; los que se atribuian la mision de reformar la vida religiosa de los pueblos, se adjudicaban el derecho de arreglar su vida política y civil. Nada de parecido á esto se observó al nacer el Cristianismo, dando á conocer por ahí á primera vista su carácter de universalidad. Su Fundador se mantuvo dentro de la enseñanza dogmática y moral, rechazando como ajena á su mision toda tentativa hecha por los de su nacion con el fin de imponerle el papel de un reformador político. «Mi reino no es de este mundo. Dad al César lo que es del César.» Tal fue el programa que Él siguió constantemente y que trazó á los continuadores de su obra. Así, fieles á la enseñanza del Maestro, los Apóstoles recorrieron el mundo predicando en todas partes el respeto á las potestades constituidas, sin que nada indicase de parte de los primitivos cristianos el propósito de querer separarse de esta linea de conducta para provocar un cambio cualquiera en las condiciones exteriores del imperio...

«La maravillosa flexibilidad con que el Evangelio se presta á todas las constituciones po-

(1) *Polit.* VIII, 1.

(2) Montesquieu, *Esprit des Lois*, VI, 6.

(3) Rousseau, *Emile*, I, 16.

(4) *Saint Justin*, *deuxième édition*, 31.

líticas es un carácter tan original y tan exclusivamente propio del Cristianismo, que él bastaría en cierto modo para probar su divinidad... Imaginad todas las formas de organización social, desde la extrema democracia hasta el poder absoluto; el Cristianismo puede armonizarse con todas, sin fundirse en ninguna. Es, por otra parte, lo mismo que enseña su historia de diez y ocho siglos. Así vive perseguido con Neron, como triunfante con Constantino. Florece sobre el movedizo suelo de las repúblicas italianas de la Edad media, como á la sombra del trono de Felipe II ó de Luis XIV. Se acomoda al régimen de los Estados Unidos como al de Nápoles ó de Austria. No ignoro que en nuestros dias en que el espíritu de sistema juega un papel tan importante, se ha tratado de adherir la Religion á un partido, de identificarla con una teoría política. Unos dicen: El Cristianismo es la democracia; otros el Cristianismo es la monarquía. Lo que hay es que se armoniza con las dos, pero sin ser ni la una ni la otra. Que en una época dada y dentro de tal ó cual pueblo en particular, halle mayores garantías de independencia y mas facilidad para su desarrollo bajo una forma de gobierno que bajo otra, es un hecho que no puede negarse; pero en principio, conforme á la naturaleza misma de su constitucion ó de su enseñanza, las admite á todas sin excluir á ninguna. ¿Por qué sucede así? ¿De dónde le viene este privilegio único? De que se dirige principalmente á la razon y á la conciencia humana; de que al tomar al hombre toma tambien al ciudadano; de que siendo una en su principio es universal en su expansion.»

La Iglesia, pues, por su constitucion, por su carácter, no podia ser enemiga del imperio; sin embargo el imperio fue enemigo de la Iglesia.

Veamos por qué.

II.

Intolerancia contra los cristianos.

En las instituciones paganas encontramos cultos nacionales, cultos tolerados y cultos ilícitos.

Durante un largo período de tiempo, en Grecia lo mismo que en Roma, vemos la intolerancia. Todo ataque á la religion nacional era considerado como un ataque á las instituciones políticas, constituía un crimen de lesa patria, de lesa majestad, y este crimen se castigaba severamente.

Anaxágoras, el maestro de Eurípides, y Pericles, despues de enseñar la filosofia en Atenas durante treinta años se vió en la precision de refugiarse en Lampsaco, sin mas delito que el de proclamar que existe un Dios personal, distinto de la naturaleza. Por causa parecida Diágoras fue expulsado de Atenas, poniéndose precio á su cabeza. El retórico Pródico, que contó entre sus discípulos á Eurípides y á Sócrates, se vió condenado á muerte por igual motivo. Protágoras de Abdésa fue echado de Atenas por pesar sobre él una acusacion de ateísmo. Sócrates, tachado de desconocer los dioses griegos y de introducir nuevas divinidades, estuvo condenado á beber la cicuta. Platon se encuentra reducido á tener que ocultar sus ideas respecto á religion, y encarga á Dionisio de Siracusa que despues de leer y releer una carta que él le envía la quemé inmediatamente. Estilpon, filósofo de Megara, es castigado con pena de destierro por el Areópago por atreverse á decir que la Minerva de Fidias no era una divinidad.

En Roma, donde era mas profunda la adhesion al culto nacional, no habia necesidad de acudir á severos castigos como en Grecia, no obstante, tardaron mucho en poder establecerse allí los filósofos griegos, sobre quienes pesaban varios decretos de destierro, por considerárseles enemigos á los dioses de la patria.

Ciceron resume todo el espíritu de la legislación antigua acerca el particular en el siguiente pasaje: «Nadie debe tener dioses particulares, ni venerar dioses nuevos ó extranjeros, á no ser públicamente reconocidos (1).»

Méenas decia en un discurso que dirigió á Augusto: «Honrad á los dioses conforme á las leyes del Estado, y obligad á hacerlo á los demás. Perseguid con vuestro odio y con vuestros castigos á todo el que trate de introducir innovaciones en esta materia. Debeis proceder así, no solo por los dioses, cuyo desprecio conduce á no respetar nada, si que tambien porque la introduccion de nuevas divinidades importa el cambio de leyes, proviniendo de ahí conspiraciones, reuniones secretas que no deben tolerarse en una monarquía. No permitais á nadie ni renegar de los dioses, ni ejercer la mágia (2).»

Los que introduzcan religiones nuevas ó desconocidas, dice Julio Paulo formulando un principio de derecho romano, que pueden perturbar los ánimos, deben ser deportados si pertenecen á clases elevadas, ó condenados á muerte si son gente de condicion humilde (3).»

El paganismo era la religion subordinada al Estado, absorbida por el Estado. Una ley pública la creaba; se consideró constantemente la institucion religiosa como una cosa anexa á la institucion civil, sin elementos de vida propia, y hé aquí por que el interés político se tenia siempre como superior al interés religioso.

Cuando para los fines de la política se creyó oportuno, se adoptó la intolerancia, no por interés religioso, sino puramente por interés político, como se acudió mas adelante á la tolerancia cuando esta se miró como conducente al desarrollo del Estado.

Roma conquistadora, para mejor afianzar sus conquistas, concedió un puesto á los dioses de los vencidos; así se hizo en efecto, por mas que no faltasen hombres de reconocido criterio que anunciaban que tras de una concesion semejante habia de seguir en el órden religioso la confusion, el caos; que acabaria por desaparecer el espíritu de unidad que hizo fuerte á Roma por mucho tiempo.

El amor á la novedad hizo que se echaran algo en olvido los dioses nacionales para prestar culto á los extranjeros. El politeísmo de Grecia no tardó en parecer mas poético, mas artístico que el de Roma, declarándose muchos en su favor.

La tolerancia se introdujo con miras exclusivamente políticas. Respetad nuestros poderes, se les dijo á los extranjeros, y nosotros respetaremos vuestros dioses; aceptad nuestras instituciones políticas y nosotros dejaremos que sigais en paz con vuestras instituciones religiosas; pagad el tributo á nuestro César y no os impediremos el que queméis incienso á vuestras divinidades.

Los cultos extranjeros adquirieron, especialmente en Roma, una popularidad, un prestigio de que habia de resentirse necesariamente el culto nacional.

«Ya no era un arroyo, sino un torrente de instituciones griegas lo que invadia la ciudad,» dijo Ciceron (4).

No fue solo el culto griego, fueron las divinidades orientales que, alimentando mas la imaginacion, protegiendo mejor los instintos supersticiosos de las gentes del pueblo, amenazaban seriamente las instituciones religiosas de Roma.

Ya en tiempo de la República el Senado mandó derribar las estatuas de Sérapis, de Isis, de Arpócrates; pero el pueblo volvió á levantarlas. Ordenóse poco despues la demolicion de los templos consagrados á aquellas divinidades, viéndose obligado el mismo cónsul Emilio á armarse del hacha para derribarlos (5).

Despues se prohibieron las bacanales, que eran importacion griega (6).

(1) *Nisi publice adscitos. De legibus*, II, 8.

(2) Dio Cassius, *Hist. Rom.*, 52, 36.

(3) *Ibid.* V. tit. XXI.

(4) *De Rep.* II, 9.

(5) Valen. Max., I, 33.

(6) Tito Livio, XXXVI, 8, 19.

En 141 antes de JESUCRISTO, los astrólogos caldeos fueron expulsados (1), y en el 48 se expidió nueva orden para destruir los templos de Isis y de Sérapis.

Estas medidas represivas, léjos de favorecer el culto nacional, no conducian á otra cosa que á hacer mas populares los cultos extranjeros; y hubo de llegar un dia en que, cediendo á la presion del sentimiento general, se vió á los triunviros Octavio, Lépido y Antonio comprometerse á levantar un templo á Isis.

Los cultos paganos acabaron por practicarse todos sin distincion: en Roma tuvieron todos sus templos, sus ritos, sus sacerdotes, sus sectas, sus tesoros, sus derechos de asilo.

De esta tolerancia generalmente estuvo escluido el Cristianismo.

En Roma hubo cultos considerados como ilícitos y perseguidos en su calidad de tales. Á esta clase pertenecian todos aquellos en que se adoraban divinidades tenidas como rebeldes, por el hecho de rechazar la supremacia de Júpiter Capitolino, padre de los dioses y rey de los hombres, segun ellos le denominaban; de esta misma suerte fueron consideradas las instituciones religiosas que se opusiesen á la política de Roma y hasta las que no favoreciesen aquella política.

En este concepto fue condenado en Roma el druidismo, culto que se le calificó de estimular escesivamente el sentimiento nacional entre los galos, razon por la que Claudio impuso pena capital al que practicase el culto druida, asegurando Suetonio que un caballero galo fue condenado á muerte por el solo hecho de encontrársele un huevo de serpiente que llevaba á manera de amuleto.

En este concepto, el culto cristiano habia de ser considerado como ilícito.

Por su carácter la religion cristiana se presentaba como la mas completa antítesis del paganismo.

El paganismo es Dios confundiéndose con la naturaleza. Como en la naturaleza lo que se percibe por medio de los sentidos es la materia, los paganos materializaron la concepcion de la divinidad; como en la naturaleza y en la materia todo es diversidad, todo es pluralidad, los paganos admitieron la pluralidad de dioses. Estos tres puntos son lo que pudiéramos llamar en cierta manera el dogma pagano.

El Cristianismo es el reverso de la medalla.

No puede aparecer nada mas diverso, nada mas en oposicion con el sistema pagano. El Cristianismo presenta á Dios creando la naturaleza, ordenándola, gobernándola; Dios, pues, debe ser distinto de la naturaleza. El órden, la armonía universal revela unidad de plan, y por consiguiente, unidad de Creador, deduciéndose de aquí el dogma de la unidad divina radicalmente contrario al politeismo. El principio creador ha de constituir el Sér en lo que tiene de mas íntimo, de mas esencial, es decir, espíritu, y hé aquí un solo Dios espiritual, principio religioso muy diverso de la idea pagana que materializa la divinidad.

Entre el principio religioso cristiano y la concepcion pagana se ve que media una profundísima diferencia, descubriéndose desde luego en el último la obra del hombre, mientras que se ve en el primero la verdadera inspiracion divina.

Entablada la lucha entre la concepcion meramente humana y el principio divino, claro es que el paganismo habia de convencerse de su debilidad, y en este concepto agotar todos sus recursos para que el Cristianismo no gozase de ninguna consideracion legal, se hallase fuera de todo derecho.

Los cristianos se vieron, pues, tratados como facciosos, se calificó al Cristianismo de *secta funesta*, de *enemigo de la humanidad* (2).

Negóse á los cristianos el derecho á vivir (3). El Senado, el pueblo y los emperadores, dice Orígenes, tenian resuelto que no hubiese mas cristianos.

(1) Tito Livio, XXXVI, 8, 19.

(2) *Odium generis humani*. Sueton. *Homines deploratæ illicitæ et desperatæ factionis*. Min. Félix, VIII.

(3) *Non licet vos esse*. Tert. *Apoleget.*, IV

ARMONIAS ENTRE GONOS Y PESARAS

O ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSE
POR D. JOSE PALLÉS

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

LA PASION DEL REDENTOR

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

AÑO DE MARIA

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

LA VUELTA POR ESPAÑA

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

HISTORIA RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS

Este libro se vende en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan, y en la librería de San Juan de los Rios, en el número 12 de la calle de San Juan, a la izquierda de la Puerta de San Juan.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ.

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó colección de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los días del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando menos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 82 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—También se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.